

Un Cuarteto de «Letras»

Sebastián Preciado Rodríguez

Es el mes de abril de 1853, José León de la Trinidad Francisco de Guadalupe López Morán veía la luz primera en Paso de Sotos¹ (Villa Hidalgo), Jalisco. Su segundo apellido fue modificado con el tiempo al amparo de circunstancias por las que a un pariente de ocupación minero apodaban «el velarde», de esta manera al Morán materno se interpuso, para luego asumirse, el definitivo «Velarde». ² Al paso del tiempo José León de la Trinidad Francisco de Guadalupe López... «Velarde» llegó como abogado a la ciudad de Jerez, en Zacatecas, donde conoció a la joven María Trinidad Berumen Llamas, de apenas dieciséis años de edad, con quien contrajo matrimonio. El 15 de junio de 1888 tomaba entre sus brazos al primogénito de sus nueve hijos: Ramón Modesto López Velarde Berumen.

(a) Musa de mi pesar, por un momento
a la sombra de este árbol corpulento
déjame reposar;
cesa de herir mi pobre pensamiento
con el azote rudo del pasado.
Ensayá otro cantar nuevo y sencillo

¹ En este lugar se encontraba la hacienda La Labor que tomó relevancia al conocerse como «Paso de Carretas» por el tránsito comercial de y hacia Aguascalientes, luego se le llamó Paso de Esparza; con la toma de posesión de sus nuevos propietarios, los hermanos de apellido Soto, españoles, asumió el nombre de Paso de la Santísima Trinidad de Los Sotos, que se redujo según las disposiciones de Juárez para quedar simplemente como Paso de Sotos. Se dice que cuando Hidalgo sufrió la derrota de Puente de Calderón se refugió durante la noche en Paso de Sotos, por lo que en recuerdo de ese acontecimiento, a partir de 1922, se le registró oficialmente con el nombre actual.

² Una de las investigaciones en torno a la familia del poeta de Jerez sugieren que Mateo López, el mayor de los hermanos de don José León de la Trinidad, figuraba como personaje importante de una mina, dentro de la cual también se encontraba otro, curiosamente con nombre similar de Mateo López. El tío del poeta se agregó el mote de «el velarde» para identificarse y evitar confusiones, pero la costumbre se hizo ley y el apellido Velarde adquirió tono de legalidad junto con el de López como una tradición de familia.

que huela a limonero y a tomillo
y tenga la frescura del granado.
[...] Entona dulcemente
en nueva lira la canción bucólica,
olvida tu dolor, alza la frente,
alegra tu mirada melancólica...
vamos, musa del alma, no vaciles,
roba a la aves su gorjeado acento,
su arrullo al agua, su cadencia al viento
y ensaya los idilios pastoriles.
[...] Vamos, Musa, sigamos el camino...
nos empuja la mano del destino.
Suspende tu cantar,
recojamos la alforja y el callado...
es forzoso marchar!

Al dejar este sitio embalsamado
languidece mi espíritu cobarde...
más tarde volveremos...
no llores... caminemos... caminemos...
volveremos más tarde!...

En ese entonces el cuidado de la parroquia de Jerez estaba a cargo de fray José Guadalupe de Jesús Alba y Franco quien concedió autorización al padre Inocencio, tío del infante Ramón, para que lo bautizara. Fray José Guadalupe era originario (1841) de la comunidad Río de los Vázquez, en Unión de San Antonio, Jalisco, estuvo al frente del curato jerezano aproximadamente de 1885 a 1896. En 1899 fue nombrado obispo de Yucatán pero por cuestiones de salud no pudo desempeñar la encomienda, sin embargo, al año siguiente recibió nombramiento para hacerse cargo de la diócesis de Zacatecas como su cuarto obispo, ministerio que ejerció de 1900 a 1910, año de su fallecimiento.

Fray José Guadalupe contaba con un sobrino: Amando Juventino, nacido en Encarnación de Díaz, Jalisco (1881), que con frecuencia visitaba a su tío en Jerez, incluso se estima que vivió en este lugar por un periodo de dos años seguidos. Amando ingresó al seminario en Aguascalientes y, entre muchas cualidades, dio muestras de su habilidad y don como poeta. En el seminario conoció y fue apenas condiscípulo de Ramón, el de Jerez, pero a través del tiempo mantuvieron una firme amistad, como lo muestra el «Poema de vejez y de amor» y su final «Envío» que en 1909 el bardo jerezano le dedicara.

Dentro del seminario en Aguascalientes, Amando Juventino formó parte de una asociación literaria que exigía el conocimiento de los clásicos latinos, con la puesta en práctica de trabajos personales que reflejaran las características de los modelos, de ahí que contó con las herramientas necesarias para que sus poemas fueran publicados, entre otros medios, en *El Observador* y en *La Provincia*, del escritor y periodista Eduardo J. Correa, así como el merecido reconocimiento por sus composiciones.

Ordenado sacerdote (1905), sus variados destinos le permitieron conocer personas, lugares, costumbres (Nochistlán, San Sebastián, varias parroquias en Guadalajara; Tlaquepaque y la inolvidable estancia en Arandas), que luego reflejaría en sus poemas; fue maestro en el Seminario de Guadalajara y dio muestras de su oratoria al reconocérsele como predicador tanto en la tierra propia como en las diócesis vecinas a las del estado de Jalisco. Hacia el final de su itinerario llegó a Paso de Sotos para ocupar la cátedra sagrada durante el novenario patronal, pero una enfermedad (la pulmonía invernal de finales de enero) le hizo interrumpir su programa y sucumbir en dicho lugar ante la falta de medicamentos. Una compilación de sus poemas se debió al P. José Rosario Ramírez y fue publicada en 1976 con el título *El alma de las cosas y otros poemas*, aunque a la muerte del padre Amando (1942) Eduardo J. Correa dio a conocer en un sencillo libro *Los poemas de Amando J. de Alba*.³

(b) Era la hija única
del Organista de la Parroquia.
Yo era un seminarista en vacaciones;
y en íntimas divagaciones,
y en más de alguna vez
la hallaba yo parecida
con Santa Eduwigis
o Santa Inés.
Por su lírica genealogía
más natural parecía
llamarla Santa Cecilia;
pero no pulsaba el clave.
¡Quién sabe
si ello sería
por ser Ella una melodía!
Su perfil me recordaba
el de María Antonieta.
Yo ante Ella casi me sentía poeta...
¿No es acaso una concreta
lágrima la poesía?
[...]
Ya he vuelto a mi Seminario.
El Señor Rector se empeña
en que vista la sotana

³ Sus poemas habían aparecido en diferentes medios e incluso hubo varias ediciones: en Guadalajara el editor Fortino Jaime publicó, en 80 páginas aproximadamente, *El alma de las cosas* (1918); una segunda edición, titulada *El alma de las cosas, poesías varias*, la realizó en 1932 la Editorial Font, y una tercera (salvo la compilación de Eduardo J. Correa de 1942) fue preparada por el P. J. Rosario Ramírez en 1976 con el título *El alma de las cosas y otros poemas*. En 2006, Amateditorial realizó una (re)edición conjunta de las publicaciones de 1918 y 1976 con el título de esta última.

y a que piense en la tonsura;
puesto de que ya figura
mi nombre en los de la lista...

...

Más yo pienso en la hermosura
de la hija del Organista.

Ramón había ingresado al seminario en Guadalupe, Zacatecas, pero debido al cambio de residencia de su padre hacia Aguascalientes, llegó al seminario de este lugar, donde conoció al escritor y periodista Eduardo J. Correa y al compañero Amando Juventino de Alba, que estaba a punto de marchar al seminario de San José, en Guadalajara, para terminar sus estudios. Al regresar por vacaciones a su pueblo natal, Jerez, tuvo la fortuna de que el padre Reveles descubriera su verdadera vocación y le recomendara abandonar el seminario. De esta manera, ya en el Instituto de Ciencias, se integró poco a poco al equipo de Enrique Fernández Ledesma, Saturnino Herrán, Manuel M. Ponce, José Villalobos Franco, Pedro de Alba...

En Guadalajara, Amando Juventino se encontró con recuerdos vivos de Alfredo (R) Placencia, quien hacia finales de siglo había terminado sus estudios y formado parte del grupo de poetas y literatos en el seminario, y que después de haber sido ministro en Nochistlán y en Apulco (Zacatecas), en Bolaños y en San Gaspar de los Reyes (Jalisco), ejercía su ministerio por ese tiempo en la Parroquia de Jesús (1905), en la capital del estado.

© Si yo jamás hubiera salido de mi villa,
con una santa esposa tendría el refrigerio
de conocer el mundo por un solo hemisferio.
Tendría entre corceles y aperos de labranza,
a Ella, como octava bienaventuranza.
Quizás tuviera dos hijos, y los tendría
sin un remordimiento ni una cobardía.
Quizás serían huérfanos, y cuidándolos yo
el niño iría de luto, pero la niña no.
¿No me hubieras vivido, tú, que fuiste una aurora,
una granada virgen de virginales gajos,
una devota de María Auxiliadora,
y un misterio exquisito con los párpados bajos?
[...]
Quiero otra vez mis campos, mi villa y mi caballo
que en el sol y en la lluvia lanza a mitad del viaje
su relincho, penacho gozoso del paisaje.
[...]

Corazón: te reservo el mullido descanso
de la coqueta villa en que el señor mi abuelo
contaba las cosechas con su pluma de ganso.
La moza me dirá con su voz de alfeñique
marchándose al rosario, que le abrace la falda
ampulosa, al sonar el último repique.
Luego resbalaré por las frutales tapias
en recuerdo fanático de mis yertas prosapias.
Y si la villa, enfrente de la jocosa luna,
me reclama la pérdida de aquel bien que me dio,
sólo podré jurarle que con otra fortuna
el niño iría de luto, pero la niña no.

En las primicias del siglo, en Lagos de Moreno, Jalisco, un grupo de intelectuales, contagiados por la cultura, integraron un frente que pronto señalaría caminos y marcaría rutas firmes hacia destinos interesantes, la Generación de 1903: Lauro Gallardo, Antonio Moreno y Oviedo, el doctor Bernardo Reina, José Becerra, el doctor Mariano Azuela y el egresado de la Escuela de Farmacia: Francisco (Pancho) González León.

Se acostumbraban reuniones de convivencia espontáneas, sin ritos, sin reglas: la libre voluntad de compartir y convivir. En aquella ocasión una treintena de caracteres disímbolos unidos por el afán de saber y conocer de los demás, dio voz a los ideales de don Antonio Moreno y Oviedo para proponerles la realización de una «confrontación» literaria, una «justa de letras». Los primeros Juegos Florales, anunciados por aquí y por allá, condecoraron a Mariano Azuela y exhibieron el don poético de Francisco González León.

Este último, nacido en septiembre de 1862, hasta cuando contaba ya con cuarenta años dio a conocer algunas de sus composiciones literarias en las revistas *Kalendas* y en *Notas y Letras* que el mismo grupo generacional había formado. En 1908 reunió parte de su producción y publicó sus primeros libros: *Megalomanías*, luego *Maquetas*, mismos que tiempo más tarde llegaron a manos de Pedro de Alba en Aguascalientes, quien junto con Ramón López Velarde prestó atención a su lectura y análisis, ya que los comentarios de los «especialistas» no habían sido benévolos. López Velarde dijo, sin ocultar cierto regocijo: «Estas cosas solamente González León las hace; son sencilleces de Francis Jammes y elegancias de Samain, son finuras francesas; vamos a ver qué dice la plebe literaria de todas estas raras bellezas...».

A esas «raras bellezas» López Velarde las tomaría en sus composiciones pero pulidas y con el toque de su don privilegiado. No obstante la crítica, los poemas de González León aparecían en diversos medios; con el tiempo, revistas y periódicos de la capital y otras partes del país, así como algunas antologías, mostraban al poeta de Lagos. Los mismos detractores del principio habían modificado sus apreciaciones y encontraban la provincia en todo su realismo a pesar de que el poeta de Lagos se fijaba solamente en espacios cercanos a su casa, al convento y al templo parroquial.

El siguiente libro, *Campanas de la tarde*, sería preparado en su selección y título por López Velarde y Pedro de Alba; finalmente *De mi libro de horas* exhibiría la experiencia y la percepción que las

recomendaciones de sus conocidos habían sugerido. González León, sin haber salido de su tierra, dejaba de existir en marzo de 1945. Desde 1908 hasta la muerte de López Velarde (1921), hubo mucha comunicación epistolar entre ellos pero nunca un encuentro personal. Es probable que su acercamiento se haya debido a Eduardo J. Correa o tal vez a Pedro de Alba.

(d) Díjele a la peña muda, estoica y fría,
que el mar golpeaba; «¿No sabes odiar?
Yo, en el caso tuyo, juro que odiaría.
¿Por qué el mar te azota? ¿No más por ser mar?».
Y dijo la peña que el mar golpeaba:
«Cállate boca, no vuelvas a hablar.
Deja que me azote, ¿no ves que me lava?
El mar que no azota, no sabe lavar».
Y le dije a la peña: «Gracias, peña mía,
que a pensar me pones lo que ya sabía.
Si el dolor me tiene que purificar,
voy a ser un alma muda, estoica y fría.
No volveré a hablar».

El padre Placencia era natural de Jalostotitlán, Jalisco (1875). Desde pequeño tuvo por costumbre vivir pobre y al paso de los años el dolor sería su compañero de vida. Tenía el don de cantar sus pesares, «soy dolor que canta» lo dijo en un poema y, sin alejarse de sus obligaciones para con los fieles, desahogaba sus penas en el papel que sin reproche le daba espacio a la tinta y las lágrimas. La muerte de don Ramón, su padre, mientras se preparaba en el seminario, marcó el inicio de su pesadumbre; años más tarde su madre, doña Encarnación, seguiría al esposo, luego su hermana Cristina (sor Eulalia) y el capitán carrancista Higinio se reunirían con el padre y la madre y... lo dejaban solo (1918).

Tal vez la soledad haya sido quien atizaba el fuego de su inspiración poética. En su entorno sonaban las voces de González León, de Amando J. de Alba, de Ramón López Velarde, sin embargo, no hubo relación entre ellos y Alfredo R. Placencia, pues el don poético que desarrollara artísticamente en el seminario fue suficiente para dar proyección al sentimiento interior, que se volvió muy suyo y con un estilo propio. Y mientras sus compañeros de seminario llamaban la atención por sus distinguidas encomiendas,⁴ luego de veintidós destinos, de nueve libros de versos, de innumerables sinsabores y acompañado siempre del dolor y la soledad, murió en la ciudad de Guadalajara el 20 de mayo de 1930.

⁴ De su mismo pueblo llegó José María Cornejo quien fue canónigo magistral en Guadalajara, músico, compositor, y el mejor orador sagrado de su tiempo; Miguel M. de la Mora que fue obispo de Zacatecas y de San Luis Potosí; Pascual Díaz, que llegó a ser obispo de Tabasco y luego Arzobispo de México; Antonio Correa, su mejor compañero y amigo, canónigo, cura del Santuario de Guadalupe; Cipriano Íñiguez, quien fundara la congregación de Hermanas de Santa Margarita para atender hospitales y pobres. En la misma ceremonia en que recibió la Ordenación Sacerdotal (1899) se ordenaron: Cristóbal Magallanes (futuro mártir), Miguel M. de la Mora, José María Cornejo y Antonio Correa.

Cuatro poetas, cuatro maneras de ver y cuatro formas de decir las cosas. Estilos diferentes. Un arte común. Podrá surgir una larga lista de influencias procedentes de personajes importantes de la literatura más allá de fronteras, pero no debe ser sorpresa para quien toma lecturas de autores con intereses afines, preocuparía que no leyeran y que no aprendieran de los maestros. Los analistas y estudiosos encuentran dependencias de Francis Jammes, Herrera y Reissig, González Blanco, Rodenbach, Gabriel y Galán, Jules Laforgue, Eduardo Marquina, Baudelaire o Virgilio mismo. Sería oportuno considerar la propuesta de quien se concretó simplemente a decir: lo que tienen en común es que son de provincia.⁵

Fuentes

Alba, Alfonso de, *Antonio Moreno y Oviedo y la generación de 1903*, Editorial D'Luna Publicidad y Sucesores, Biblioteca de autores y temas lagunenses No. 6, Guadalajara, 1992. Alba, Amando J. de, *El Alma de las cosas y otros poemas*, J. Rosario Ramírez (comp.), Imprenta Vera, Guadalajara, 1976. Alba, Amando J. de, *El alma de las cosas y otros poemas*, Guadalajara, Amateditorial, 2006. Agraz García de Alba, Gabriel, *Biobibliografía de los escritores de Jalisco*, tomo I, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1980. González León, Francisco, *Poemas*, Ernesto Flores (comp.), FCE, México, 1990. *Horizontes Literarios en Aguascalientes. Escritores de los siglos XIX y XX*, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, 2005. López Velarde, Ramón, *Poesías completas y El Minutero*, Antonio Castro Leal (edición y prólogo), Porrúa, Colección de Escritores Mexicanos, México, 1971 (6ª. edición). López Velarde, Ramón, *La suave patria y otros poemas*, FCE, México, 1995. López Velarde, Ramón, *Obras*, José Luis Martínez (comp.), FCE, México, 1994. Placencia, Alfredo R., *El poeta del dolor*, *Antología poética*, J. Rosario Ramírez (intr. y selecc.), Amateditorial, Guadalajara, 2004 (4ª. ed.). Placencia (sic), Alfredo R., *Antología*, José R. Ramírez (introd. y selecc.), Guadalajara, Imprenta Roca, Guadalajara, 1992. Robles de la Torre, José León, «Personajes de la historia/Zacatecas y sus hombres ilustres», en *El siglo de Torreón*, 27 de junio de 2006. Sandoval Godoy, Luis, *Alfredo Placencia Dolor que canta*, Colección Obras # 4, Taller Editorial La Casa del Mago, Guadalajara, 2009.

⁵ Relación de poemas: inciso (a): «Paréntesis» (Amando J. de Alba); (b): «Ojos ojerosos» (Francisco González León), (c): «Mi villa» (Ramón López Velarde); (d): «La enmienda» (Alfredo R. Placencia).